

**Verdad sin poder frente a poder sin verdad. La nueva mujer centroamericana en *Sofía de los presagios* de Gioconda Belli**

Elena González-Muntaner

*University of Wisconsin, Oshkosh*

Publicada en 1990, *Sofía de los presagios*, la segunda novela de Gioconda Belli, no alcanzó la popularidad y la atención de la crítica que despertó su primera novela, *La mujer habitada* (1988). Sin embargo, su estudio permite un acercamiento a las cuestiones de poder y su relación con el género, tema que Belli aborda en general en todas sus novelas pero de forma muy especial en *Sofía de los presagios* y que permite entender los cambios a los que se enfrenta la mujer en las sociedades hispanoamericanas de finales del siglo XX<sup>1</sup>. Según Foucault, "power relations are intermingled with other types of relations (of production, kinship, family, sexuality) where they play both a conditioning and a conditioned role" (Power 55). Asimismo, Foucault explica que no existen relaciones de poder sin resistencia y que el carácter de esta resistencia puede ser también múltiple (Power 55). Las novelas de Belli constituyen un buen ejemplo de ello. Su obra, y especialmente su segunda novela, ofrece una visión completa de la correlación entre poder y otros tipos de relaciones humanas que la autora analiza en un empeño de esclarecer qué tipo de conexiones existen entre el poder y la cuestión del género.

Según Foucault, una de las grandes conquistas de la democracia griega consistió en el derecho de oponer la verdad al poder, es decir, por primera vez el pueblo no acataba incondicionalmente la voluntad de sus señores y podía hacer uso de su derecho a juzgarlos, o sea, de oponer su verdad a la de aquellos que lo gobernaban (La verdad 64). El objetivo de este trabajo es trasplantar estas reflexiones de Foucault a la situación femenina de la época contemporánea y comprobar que el proceso de emancipación de la mujer se ha basado en estos

mismos principios: la mujer, y muy especialmente la latinoamericana, ha sufrido una triple discriminación en la historia basada en la riqueza, la clase social y el género, ya que el poder tradicionalmente recaía sobre aquellos que poseían dinero, pertenecían a cierta raza y clase social y, por último, formaban parte del género masculino. Son múltiples los ejemplos literarios de protagonistas que carecen de al menos una de estas tres fuentes de poder, la del género, pero no tantos los que como en la novela de Belli encarnan a la perfección la triple discriminación de riqueza, clase y género en un solo personaje. Las escritoras del siglo XIX y de principios del XX se enfrentan a la dificultad de mostrar a sus heroínas como triunfadoras sin que éstas pierdan verosimilitud, algo nada fácil de conseguir si se tiene en cuenta que dichos personajes femeninos carecían de al menos una de las tres fuentes de poder, la del género, que frente a las otras dos, es la única que no se podía cambiar a lo largo de la vida.

A finales del siglo XX, Gioconda Belli crea una heroína, Sofía, que no reúne en un principio ni riqueza, ni clase, ni raza, ni género apropiados para poder triunfar, y, sin embargo, consigue hacerlo gracias a su propio tesón y determinación personal. El estudio individual de cada uno de estos requisitos de adquisición de poder nos conducirá a desentrañar el modo en que la protagonista consigue subvertirlos para así demostrar que, como en la democracia griega, los logros de la mujer del siglo XX han consistido en descubrir su derecho a oponer su verdad frente a la de aquellos que ejercían el poder o, en palabras de Foucault, "el derecho de oponer una verdad sin poder a un poder sin verdad" (La verdad 64).

Sofía, al principio de la novela, se encuentra desposeída de todo. A los siete años, una discusión entre sus padres, que los lleva a la separación, trae como consecuencia un malentendido que les hace pensar a ambos que la niña está con el otro cuando, en realidad, Sofía se ha perdido y se encuentra totalmente sola. Por tanto, su vida desde ese momento va a

comenzar de cero: el poder ejercido por la sociedad tenía su manifestación más clara en la estructura familiar, la unidad social más básica, y Sofía carece de dicha estructura. Es cierto que Eulalia y don Ramón se convierten en unos padres adoptivos excepcionales, pero Sofía arrastrará toda la vida el estigma del abandono, especialmente el materno, pues no puede entender que su madre, que siempre se ha preocupado por ella, la haya dejado. La pérdida de los padres constituye la pérdida de toda la riqueza que Sofía poseía, incluida su identidad, lo que hará que el espejo juegue un papel importante a lo largo de su vida pues, en su empeño de encontrarse a sí misma, no cesará de mirarse en él. Se insiste en la novela en la idea de que Sofía "crece con la identidad extraviada" (17) y la propia protagonista explica el rechazo que la sociedad siente hacia ella, por el abandono que sufrió en su infancia: "¡Ni mi madre me quiso y me va a querer otra gente!" (205). Eulalia y don Ramón deciden hacerse cargo de Sofía, dando lugar a la creación de una familia artificial, paso que resulta beneficioso para todos pues, de tres seres aislados, representados como incompletos al carecer de una estructura social elemental, se pasa a formar una familia, la unidad social más básica que la sociedad impone. Es la necesidad de cumplir con las reglas sociales la que impulsa a estos tres seres aislados a crear una estructura familiar alternativa que curiosamente parece funcionar mejor que otras establecidas de forma tradicional. El individuo aislado parece no tener la fuerza suficiente como para defenderse en una sociedad en la que el poder viene asignado por la alianza del individuo con el grupo. En otras palabras, Sofía no podrá salir adelante si no tiene la estructura básica que le permita pertenecer a esa sociedad y dicha familia artificial constituye el primer paso hacia el éxito, su primera adquisición de poder.

Sofía también carece del poder proveniente de la raza y la clase social: es hija de paya y gitano, lo que hace que ambas comunidades muestren cierto recelo ante ella y no acabe de ser

aceptada por ninguna de las dos. Sofía recuerda que para su padre la diferencia entre gitanos y payos residía en su carácter nómada o sedentario, que dotaba a los primeros de plenas libertades y a los segundos los llenaba de ataduras: "para los gitanos era cuestión de vivir cada día sin pensar para atrás, ni para adelante. Eso era ser gitano, le decía, esa era la diferencia con los payos que tenían que estar siempre en un lugar porque eran esclavos de lo que había pasado y lo que debía suceder. Ellos no, nada los ataba" (16). Sofía, con su sangre mezclada, va a heredar características de ambos grupos; por un lado, la libertad gitana se reflejará en su independencia y determinación a la hora de tomar decisiones, algo que no logrará frenar nadie por muchos muros o trabas que quieran ponerle alrededor; por otro, el sedentarismo marcará su vida, primero de una forma forzada y al final de la novela por decisión propia. Lo más interesante en cuanto al problema racial en la obra consiste en que aquello que por un lado produce cierta admiración en el resto de los personajes, es decir, el origen misterioso de Sofía, o sus rasgos exóticos que le dan un atractivo especial de cara a los hombres, se convierte al mismo tiempo en motivo de rechazo por parte de una comunidad que se resiste a aceptar al otro y que no duda en relacionar a Sofía directamente con el diablo. Belli muestra así la hipocresía de una sociedad para quien "era absurdo creer que un ser tan extraño, venido de la profundidad de la noche, podía ser igual que ellos" (53).

No sólo se la relaciona con el diablo: raza y género se unen de forma especial en la novela y, tanto por su origen desconocido como por algunos de los poderes asignados a Sofía, que no son más que el resultado de su tesón, a la protagonista se la califica como bruja en innumerables ocasiones. Cuando junto a doña Carmen y Petrona preparan el brebaje que hará dormir a René y le permitirá a ella salir de casa, se las describe así: "Las tres semejan brujas antiguas, brujas sin espanto, ni escobas, brujas blancas, diosas ocupadas en la fragua del sueño

de los hombres. Oficio antiguo, de mujer" (69). Marisol Gutiérrez Rojas ha estudiado su importancia en *Sofía de los presagios* y considera que la novela nos relata la historia de una bruja moderna, figura "recuperada y releída en un contexto que abre la discusión acerca de lo transgresor y amenazante que resulta el conocimiento de sí mismo y de los secretos de la naturaleza en una sociedad marcada por la razón patriarcal" (28). La figura de la bruja se convierte en una figura de poder debido a sus conocimientos, algo que supone un peligro para la estabilidad que el orden patriarcal quiere perpetuar al mantener a la mujer al margen de dicho poder y que, por tanto, constituye una amenaza al sistema.

Sin embargo, la más problemática de las tres cuestiones relacionadas con la adquisición de poder es, sin duda, la del género, en la que centraré este trabajo. Laura Barbas Rhoden ha señalado cómo las tres primeras novelas de Gioconda Belli guardan una estrecha relación con la estructura del Bildungsroman, pero en vez de reflejar la historia de un hombre en busca de su identidad y de un lugar que ocupar en la sociedad, las novelas de Belli reflejan la crisis a la que diferentes mujeres se enfrentan en su vida, mujeres que se consideran excluidas de la sociedad precisamente por ser mujeres y en las que la ausencia de la figura materna simboliza la búsqueda de la identidad, de reencontrarse con un pasado que no la excluya y de alcanzar un nuevo lugar que poder ocupar en la sociedad (82). Según Barbas Rhoden:

Like many feminist critics of the last few decades, Belli's protagonists undertake the search for the missing mother as they attempt to ground their identities, desires, and place in society in ways other than those offered to them by patriarchal social structures. The texts highlight the absence of this figure as they actively seek to reclaim the mother: to give her textual presence and a voice. (92)

Barbas Rhoden subraya por tanto cómo la ausencia de la madre y la búsqueda de la identidad no

simbolizan sino el vacío de una tradición literaria femenina y una sociedad en la que la mujer lucha por encontrar un puesto que pueda ocupar plenamente y no de forma pasiva como hasta entonces, algo que sin duda está relacionado con el proceso revolucionario nicaragüense, acontecimiento que juega un papel importante tanto en la vida como en la obra de Gioconda Belli. Si hay un aspecto que interesaba especialmente a Belli era subrayar el papel de la mujer en este proceso pues, al triunfo de la revolución sandinista no acompaña la inmediata igualdad de sexos<sup>2</sup>, lo que convierte el problema del género en motivo de preocupación y reflexión de escritoras como ella que luchan por definir el papel de la mujer y observan con frustración cómo sus propios compañeros revolucionarios limitan sus opciones. Belli se lamenta en *El país bajo mi piel*, su libro de memorias, de cómo tras sus protestas y las de otras mujeres por su reducido papel en los nuevos proyectos de gobierno, éstas acaban cayendo en el vacío (310) y cómo es el machismo de los compañeros el que impide que la mujer ocupe el papel protagonista al que en realidad aspira. En ese mismo libro, Belli se queja en innumerables ocasiones de no haber podido desempeñar un papel aun más activo del que tuvo en la revolución. Cita como ejemplo el episodio en que impedían que se trasladara a Nicaragua y la instaban a seguir trabajando desde Costa Rica aun cuando ella quería correr el riesgo de vivir más de cerca todo el proceso: “Era el machismo de los compañeros lo que se interponía, pensaba. De haber sido yo hombre, no me pondrían trabas” (314).

En *Sofía de los presagios* contamos con una protagonista cuyos derechos se ven reducidos en innumerables ocasiones por el hecho de ser mujer pero esto no constituye un problema para Belli quien refleja de forma paródica los recursos de Sofía, personaje que se encuentra muy lejos de ser un ‘ángel del hogar’, para burlar el poder establecido e imponer sucesivamente el suyo. El matrimonio, que en tantas novelas constituía el final feliz, la

culminación de un proceso con un final maravilloso al que toda mujer aspiraba, no es la opción elegida por Belli en esta novela, quien coloca el matrimonio casi al principio de la obra, como desencadenante de todos los males de la protagonista. Tras una breve introducción, en la que conocemos la infancia de Sofía, ésta se casa con René y a partir de ahí comienzan todos sus problemas y su intento por resolverlos. El matrimonio se presenta de nuevo como una estructura social necesaria, aunque Belli no duda en parodiar cómo, en una sociedad tan tradicional, no constituye un elemento de poder para la mujer sino una limitación de éste.

René es el prototipo de hombre machista que pretende llevar las riendas incluso antes del matrimonio. Para él, como para la mentalidad patriarcal, la belleza en la mujer constituye un peligro que hay que resolver por medio del matrimonio. Se promete a sí mismo que Sofía se casará con él:

[Y] cuando sea su mujer, nadie más le va a tocar ni un pelo de la cabeza. Él mismo la va a acompañar a la iglesia los domingos y la va a mantener cargada como escopeta de hacienda, preñada, hasta que se le acabe la cinturita y se le pongan dulces y maternales esos ojos oscuros que brillan demasiado, que son un peligro para ella que ni cuenta se da cómo queda viendo a los idiotas que se derriten cuando ella los mira. (22)

Efectivamente, desde el momento de la boda, René considera a Sofía parte de sus pertenencias y levanta un muro alrededor de la casa con el que pretende mantenerla aislada. Sofía, quien pensaba que el matrimonio iba a traerle más libertad, se da cuenta de que le han cortado todas las alas y se resiste a entender que el hombre en general goce de todas las libertades para actuar como le plazca y que el resto de mujeres se limiten a aceptarlo, asumiendo su papel de perdedoras en el matrimonio sin hacer nada por remediarlo. Eulalia, por ejemplo, le

insiste a Sofía en que es mejor aceptarlo y darse por contenta si al menos su marido no la maltrata físicamente: "el matrimonio no es ninguna ganga, pero, si no te pega, podés aprender a sobrellevarlo" (32). Es también Eulalia quien intenta hacerle ver que "así son todos los hombres, m'ijita...no hay que andarlos contrariando ... son dominantes. Esa es su naturaleza y ni con velas a la Virgen se la cambiás" (25), comentarios que Sofía escucha en silencio y parece acatar pero que en realidad no hacen más que alimentar la base de una revolución interior silenciosa que la protagonista llevará a cabo por su cuenta y riesgo a lo largo de la novela. Es precisamente el elemento de la sumisión, presente como la dominación en las relaciones de poder, el que Sofía no está dispuesta a aceptar.

Aun careciendo de riquezas y perteneciendo a la raza y género desfavorecidos, Sofía se arma de valor y decide plantarle cara a la vida. No se rinde a la hora de buscar vías que le permitan ejercer su propio poder y frente a los múltiples obstáculos encuentra innumerables salidas. La primera ocasión en que decide seguir su propia voluntad es el mismo día de su boda, cuando al llegar a la iglesia a caballo sale a galope dejando a todos los invitados, incluido el novio, preguntándose si volverá. Sí vuelve, "se sacude el velo, lo vuelve a encajar sobre la cabeza, pide un pañuelo para sacudirse el vestido e indicando con la barbilla que ahora sí está lista para casarse, marca el inicio de la ceremonia"(28). Este comportamiento le va a costar caro a Sofía pues René no está dispuesto a perdonarle que haya llegado sucia y llena de polvo; él, que quería una novia blanca e impecable para esponjarse de orgullo, y mucho menos que se haya atrevido a provocar las dudas de los demás, y decide desde ese momento y, según sus propias palabras, domarla para que se le quiten los bríos de yegua salvaje. La doma comienza al final de la ceremonia cuando René la toma del brazo y se niega rotundamente al regreso a caballo. Irán en jeep porque ahora manda él. Sofía tendrá que pagar por su comportamiento, no sólo ante



René, también ante el pueblo, que considera un designio satánico el que "no se casara de blanco, sino llena de tierra, con polvo hasta en las pestañas" (54). Pero la doma de Sofía no le va a resultar fácil a René pues, aunque de manera dócil y silenciosa, la protagonista va a dejar muy claro que ella también tiene algunas decisiones que tomar y una gran determinación para llevar a cabo su propia voluntad.

El matrimonio comienza con el levantamiento de un muro alrededor de la casa. Lo primero que hace Sofía al ver que el problema no tiene solución, es buscar su cuarto propio<sup>3</sup> en la nueva casa donde decide aprender a bordar. Se puede leer entre líneas que, en realidad, lo que a Sofía le interesa no es bordar manteles sino tejer un plan de ataque con el que afrontar su nueva situación de mujer encerrada. La imagen no es nueva y recuerda a Penélope quien, con la excusa de tejer, lo que hacía en realidad era ganar tiempo e idear una solución para evitar la boda a la que el sistema patriarcal quería obligarla.

Como Penélope, lo que Sofía en realidad teje es un plan. Frente al muro que René ha levantado, ella también elabora sus alternativas. Quizás la decisión más importante que adopta es la de no tener hijos con ese hombre al que ya odia, pues tenerlos implicaría contribuir aún más a su propio encarcelamiento. Comienza a tomar pastillas anticonceptivas gracias a la ayuda de su amiga Gertrudis que se las compra en secreto, ya que ella no puede salir de casa. Esto no hace más que volver prácticamente loco a René para quien se trata de un hecho insólito que, después de seis meses en los que "no ha dejado de hacer lo que le corresponde" (40), ella siga sin quedarse embarazada. Decide llevarla a un médico quien la examina y no detecta ningún problema. Sofía con dos palabras consigue casi aniquilarle: "ya ves, yo estoy bien... seguramente el machorro sos vos. Deberías ir a examinarte" (43). Desde entonces René guarda silencio sobre este tema pero Sofía ha conseguido hacerle dudar de su masculinidad, algo que nunca se había

atrevido a cuestionar nadie antes. René sufre así uno de los innumerables golpes importantes a su orgullo que Sofía le atestará a lo largo de la novela.

Frente a la falta de comunicación con su marido y ante la imposibilidad de salir de casa, Sofía recurre también al teléfono como forma de comunicación con el mundo exterior. Convince a éste para que se lo instale y de esta forma comienza su relación con Esteban, una especie de amante telefónico, que le permite alimentar sus sueños de libertad, pues sólo a través de los sueños puede Sofía atravesar los muros de la casa convertida en cárcel. Pero ella misma pone un límite a su relación con Esteban. En varias ocasiones piensa quedar con él pero decide no hacerlo porque "hay algo excitante en el hecho de no haberse visto nunca, un espacio donde su fantasía puede andar sin riendas" (63). Prefiere engañarse, pues el juego le permite engañar también a sus sueños y mantenerlos vivos.

Por supuesto, más avanzada la novela, cuando mueren los padres adoptivos de Sofía y ella decide recuperar su libertad divorciándose de René, lo último que se le ocurre es huir con Esteban. Sus sueños no la han llevado tan lejos como para pensar que con otro hombre le irían mejor las cosas. Esteban queda destrozado, sin poder entender la decisión de Sofía pero ella "se siente contenta. Le da pena por Esteban, pero está convencida de haber hecho lo conveniente. Se queda un rato sentada a la orilla del aparato, sintiendo el poder de tomar decisiones sobre su vida correrle por la sangre" (93). Ese poder de tomar decisiones que siempre ha ejercido, pero que ahora puede desarrollar plenamente va a ir *in crescendo* hasta el final de la novela. El siguiente paso es ser ella misma la que inicie una demanda de divorcio contra René y dejar tan claros los términos que haga sudar a su propio abogado, quien le desaconseja divorciarse. Sin embargo, Sofía ahora dispone de una de las fuentes de poder de la que antes carecía: acaba de recibir la

herencia de don Ramón y el dinero le proporciona el poder de hacer cumplir al abogado con su trabajo e ir comprando en el pueblo la amistad de aquellos que había tenido en contra.

Cuando René ve en el periódico la demanda de divorcio sufre un golpe más en su orgullo, quizá el más difícil de asimilar, aun cuando él ha empezado a interesarse por Gertrudis, la amiga de Sofía, y a mostrar pruebas evidentes de ello. Esto no debe ser motivo de sorpresa pues, según su mentalidad, sus acciones y decisiones son incuestionables por ser hombre pero las de Sofía se rigen por otros parámetros. La reacción de René al ver la demanda en el periódico provoca en él un ataque de ira. Reacciona de forma tan violenta que se pone a golpear todo lo que encuentra a su alrededor y asegura que la mataría si la tuviera delante:

¡Desvergonzada hija de mala madre que se atrevía a exhibirlo como imbécil delante de todo Nicaragua, en aquella edición que circulaba a lo largo y ancho del territorio nacional! ... Eso del divorcio era distinto. La Sofía era su mujer para siempre y aunque no viviera con ella y él viviera con otra, sus derechos nadie podía quitárselos. Seguro la rufiana tendría algún querido. ¿Para qué se iba a querer divorciar una mujer decente? Las que se divorciaban eran las putas vergonzantes que tenían algún enredo escondido. Pero ¿quién sería el hijueputa que él ni cuenta se había dado? ¡Que ni soñara ella que él iba a ir a hacer el ridículo en ese juzgado con el montón de cabrones que se aparecían por allí! ¡Que viera cómo se divorciaba sin él! Desde la mentada revolución todas las mujeres se creían moneditas de oro, independientes. ¡La putería era lo que se había fomentado con esas leyes! (113)

Aunque a lo largo de la novela no llega a maltratar físicamente a Sofía hay varios momentos en que esta posibilidad parece sugerirse como real: uno es éste, pues él mismo declara

que hubiera descargado su ira sobre ella de haber estado presente. Otra ocasión similar tiene lugar en la última parte de la novela cuando a Sofía se le ocurre nada menos que presentarse en la boda de René y Gertrudis y en la que poco antes de ser golpeada por René se produce un terremoto que hace girar los acontecimientos y, por tanto, salva a Sofía. Aunque los terremotos hayan sido una constante en la vida de Belli y de Nicaragua<sup>4</sup>, no deja de sorprender su elección como forma de resolver la situación crítica de Sofía. Con el terremoto, la naturaleza personificada parece ponerse de parte de la protagonista otorgándole el poder de la fuerza física de la que carece frente a René, resolviendo así un conflicto en el que, de otra forma, se encontraría en clara desventaja.

El tercer caso tiene que ver con las alusiones que durante la primera mitad de la novela se suceden con respecto al acto sexual de la pareja que se describe como "violación cotidiana" (39) o "embestidas sexuales" (127). El hecho de que Belli pase por el tema del maltrato físico casi de puntillas, sin demasiado detenimiento, y el que no le otorgue un carácter de excepcionalidad sino de cotidianidad, consigue destacar más su naturalidad, es decir, resalta el que se trate de un hecho demasiado común y cotidiano al que la mujer, y concretamente la mujer latinoamericana, se enfrenta como un elemento más de su vida diaria, de ahí la expresión "violación cotidiana". Según Jean Franco, "domination has traditionally been semanticized in sexual terms and power has traditionally been associated with masculinity. Social, political, and economic power are represented through a lexicon that is drawn from sexual relations. Hence the social and the sexual have become intimately connected" (506). Atendiendo a estas palabras, podemos considerar que Belli se sirve de la relación y matrimonio de Sofía y René para exponer un problema social más amplio, el de las limitadas posibilidades que la mujer latinoamericana tiene de abrirse paso en un ámbito político, económico y social en el que las posiciones de poder han

sido tradicionalmente asignadas al hombre. Sofía consigue subvertir la dominación a la que se encuentra sometida precisamente con el cuestionamiento de la masculinidad de René y con el fin del matrimonio, instrumento social que sustenta esa dominación.

A raíz del divorcio, Sofía comienza su vida de mujer independiente con plenos poderes sobre sí misma. El poder se manifiesta especialmente al encargarse ella sola de la finca, con la ayuda de Fausto, un homosexual, y conseguir que prospere. El hecho de poder demostrar a los soberbios finqueros de la zona que una mujer y un homosexual pueden conseguir cosechas tan buenas o incluso mejores que las de ellos, le hace sentir una satisfacción especial a la protagonista y supone, sin duda, un golpe de efecto de Belli que no duda en subrayar así los logros de dos grupos marginales, dispuestos a desafiar a la autoridad. Al alterar los ejes tradicionales del poder, Belli consigue ofrecer una nueva perspectiva que rompe el orden establecido. Sin embargo, el golpe maestro de Sofía, cuando realmente lleva su ejercicio de poder hasta las últimas consecuencias, tiene lugar cuando decide seducir a su abogado y tener un hijo suyo, por supuesto, al margen de cualquier sentimiento amoroso. Para ello, se prepara cuidadosamente e incluso viaja a Managua a comprar ropa y maquillarse, algo nuevo para ella.

Sofía aprende así a aprovecharse del único poder atribuido tradicionalmente a las mujeres, su juventud y su belleza, en su propio beneficio: "Es como un rito, piensa Sofía, aquello era parte de lo que Xintal llamaba el 'poder'. La mujer preparándose para la ceremonia, como cuando se araba la tierra y se le ponía abono a las plantas, pintándose el cuerpo para seducir al hombre" (144). Esto tiene especial importancia si tenemos en cuenta que hasta ese momento Sofía ha prescindido de este elemento de poder y se ha caracterizado por su atuendo informal y "poco femenino":

Hace tiempo que ella también dejó de preocuparse por su aspecto. Con René hacía algunos esfuerzos, sobre todo cuando salían a misa o a reuniones en el pueblo, pero aquel matrimonio la había hecho perder totalmente el deseo de verse atractiva. Prefería que René no se fijara en ella como mujer y así minimizar las embestidas sexuales y dejarlas reducidas a las noches. Ni se acuerda que es mujer. Si no fuera por las miradas de lujuria de los finqueros ricos, que así pretendían recordarle que no era más que una hembra, cuyo mayor capital era su cuerpo y no su fortuna, se olvidaría del todo del peso de su sexo. De todas formas, para qué le había valido ser supuestamente 'bonita', como había dicho Jerónimo, sino para aquel matrimonio desafortunado. (127)

Ahora, el aspecto físico la convierte en vez de víctima, como lo era con René, en verdugo, pues puede utilizarlo en su propio beneficio. Sofía ha descubierto que su sexualidad y naturaleza impetuosa se encuentran en la base de su poder. Carmen Pérez Marín ha señalado la importancia de la sexualidad y el erotismo en la novela. Pérez Marín recuerda cómo para Jean Baudrillard "la seducción constituye la mayor fuente de poder de lo femenino" (131) y destaca el uso de Sofía de ese recurso como medio de adquisición de ese poder. Sofía se da cuenta de que al arreglarse causa un efecto especial en los hombres: "Es como si el arreglarse de manera 'femenina' fuera igual que lanzar una sarta de cohetes al aire anunciando que estaba disponible o le interesaba el sexo" (145). En un principio, con Jerónimo, Sofía no quiere más que experimentar esa sensación de poder, de ser ella la que maneje la situación y conseguir su objetivo: tener un hijo, sin darse cuenta de que se trata de un arma de doble filo, pues con ese juego corre el peligro de enamorarse y convertirse en un ser más vulnerable al final de la novela, como así sucede.

Sofía finalmente tiene una hija que a los dos años casi pierde debido a una aglomeración en un parque de atracciones. La novela termina como empezó: en una feria y reviviendo el momento de la pérdida y la separación, aunque en este caso, también con reencuentro. La hija suplanta así la ausencia de la madre<sup>5</sup> y Belli hace triunfar a Sofía a pesar de las desgracias que todos le pronosticaban. No sólo logra la protagonista romper la circularidad del tiempo y terminar con el hechizo que recaía sobre ella, Sofía logra también gracias a su propia determinación, acabar con las tres imposiciones que le impedían ejercer el poder sobre sí misma: la económica, la racial y la de género.

Existe, por tanto, una correlación entre la lucha silenciosa de Sofía y la de la mujer latinoamericana y muy especialmente la que las mujeres ejercieron en el proceso revolucionario nicaragüense en el que éstas no sólo aspiraban a una serie de cambios sociales sino a la búsqueda de un lugar para sí mismas. El escenario o telón de fondo en el que se desarrolla la novela no es ni más ni menos que la Nicaragua tras la revolución sandinista de 1979 y la protagonista que se mueve en ese escenario, Sofía, representa el énfasis de Belli en subrayar la incorporación de la mujer a un nuevo proyecto social y político, algo que no sólo en Nicaragua sino en Latinoamérica en general, venía dificultado por la influencia de los valores impuestos por un sistema patriarcal. Quizás por ello, Michael Miller ha considerado a Sofía la nueva mujer de Centroamérica: "nacida al margen de las normas sociales, se atreve a afirmar sus derechos como mujer, como un individuo completo. Se niega a permitirse ser la mujer tradicional- sumisa, dominada, y privada de placeres carnales" (63). La misma Belli declara en la entrevista que le realiza Edward Waters Hood que Sofía "es la metáfora de las mujeres que nos sentimos fuertes y liberadas, que no nos amoldamos al marco social y al molde social" (128)<sup>6</sup>. Sofía es por tanto la metáfora de una nueva mujer, fuerte y liberada para quien las trabas impuestas por la sociedad no

hacen más que transformar su vida en una carrera de obstáculos que se decide a afrontar con éxito. Es la mujer que no duda en mostrar su verdad sin poder a aquéllos que ostentan un poder sin verdad. A través de la disolución de arquetipos y estereotipos de lo masculino y lo femenino, Belli parece querer decirle a esa nueva mujer que el único poder realmente importante está a su alcance: el poder de tomar decisiones.



## Notas

<sup>1</sup> Para un análisis de la situación de la mujer nicaragüense en *La mujer habitada* y *Waslala*, ver los artículos de Rose Marie Galindo y Rubén Gómez respectivamente.

<sup>2</sup> Ver el artículo de Marisol Gutiérrez Rojas en el que se analizan algunos de los logros conseguidos tras la revolución sandinista, tales como la ley de Reforma Agraria, el Estatuto de Derechos y Garantías o la creación del Departamento de Salud Ocupacional de la Mujer, leyes y organismos que pretendían ampliar los derechos de la mujer en diferentes ámbitos.

<sup>3</sup> Rose Marie Galindo ha destacado la influencia de Virginia Wolf en la primera novela de Gioconda Belli, *La mujer habitada*:

En *A Room of One's Own*, Virginia Wolf explora los factores que desde su punto de vista posibilitan la creatividad femenina, especialmente la literaria, afirmando al mismo tiempo el derecho que tienen las mujeres al cultivo de la mente y de sus facultades intelectuales. Esos factores son la existencia de un 'cuarto propio' que le permita a la mujer creadora desarrollar un espacio síquico independiente, y una solvencia económica que le posibilite dedicarse a la actividad creativa con entera libertad de criterio. Desde el comienzo de *La mujer habitada* es posible advertir el uso de la intertextualidad como una estrategia que Belli emplea para evaluar el feminismo occidental woolfiano dentro del marco de un país como Nicaragua.

(91)

En su segunda novela, *Sofía de los presagios*, la influencia también es clara pues, lo primero que hace la protagonista al darse cuenta de su situación de encierro, es buscar un cuarto propio en el que poder desarrollar su independencia y su creatividad.

<sup>4</sup> Conviene destacar sus recuerdos del terremoto de Managua de 1972 en su libro de memorias, *El país bajo mi piel*.

<sup>5</sup> Se puede leer en la novela: "-Una mujer sin madre es como un alma en pena- dice Samuel. -...hasta que tiene una hija- dice doña Carmen-. Si es que rompe el hechizo y no la pierde" (212). Al encontrar a su hija, Sofía evita que a ésta le espere un destino como el suyo. De esta forma, Sofía consigue salir del círculo en el que estaba envuelta.

<sup>6</sup> Arturo Arias también ha aludido a este aspecto al señalar que "Sofía, por ejemplo, ni es militante como Lavinia, ni es feminista. Simplemente desea controlar su propio destino, ser dueña de su propia vida. Ese 'simplemente' se convierte en un obstáculo enorme debido a los prejuicios y restricciones sociales. La búsqueda de Sofía se convierte de hecho en una confrontación política aún cuando el personaje en cuestión nunca 'lea' su situación como tal" (317).

## Obras citadas

- Arias, Arturo. "Gioconda Belli: la magia y/(d)el erotismo". *La literatura centroamericana: visiones y revisiones*. Ed. Jorge Román-Lagunas. Lewiston (N.Y.): Edwin Mellen Press, 1994.
- Barbas Rhoden, Laura. "The Quest for the Mother in the Novels of Gioconda Belli". *Letras femeninas* 26 (2000): 81-97.
- Belli, Gioconda. *El país bajo mi piel: memorias de amor y guerra*. Nueva York: Vintage Books, 2003.
- . *Sofía de los presagios*. Managua: Anamá Ediciones Centroamericanas, 2001.
- Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- . *Power, Truth, Strategy*. Ed. Meaghan Morris and Paul Patton. Sydney: Feral Publications, 1979.
- Franco, Jean. "Beyond Ethnocentrism: Gender, Power, and the Third-World Intelligentsia". *Marxism and the Interpretation of culture* (1988): 503-15.
- Galindo, Rose. "Feminismo e intertextualidad en *La mujer habitada*" de Gioconda Belli". *Confluencia* 13 (1997): 88-98.
- Gómez, Rubén. "La mujer en la reconstrucción de la sociedad nicaragüense según G. Belli en *Waslala*". *MACLAS: Latin American Essays* 14 (2001): 39-47.
- Gutiérrez Rojas, Marisol. "*Sofía de los presagios*, espacio de encuentro de dos estructuras psicosociales: matriarcado y patriarcado". *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* XXX (2004): 19-39.
- Hood, Edward. "Entrevista con Gioconda Belli" *Chasqui* 23 (1994): 125-32.
- Miller, Michael. "Amor y erotismo en *Sofía de los presagios* de Gioconda Belli: nuevos rumbos". *Hispanet Journal* 1 (December 2008)

para la narrativa centroamericana en época de paz”. *Afrodita en el trópico: Erotismo y construcción del sujeto femenino en obras de autoras centroamericanas*. Ed. Oralia Prebble-Niemi. Potomac, MD: Scripta Humanistica, 1999. 61-76.

Pérez Marín, Carmen Ivette. "Habitar, presagiar, imaginar, erotizar: la narrativa de Gioconda Belli". *Revista de estudios hispánicos* 24 (1997): 127-35.